

mos precedentes, aunque con ciertas novedades: la presentación del diablo como instrumento en las manos de Dios para la realización de una obra buena; «Iconografía del diablo» (Piera Arata), que analiza las representaciones demoniacas en las artes plásticas y donde se incluye una selección de doce ejemplos de la iconografía diabólica.

En definitiva, nos encontramos con una óptima recopilación de estudios que permiten, sin duda, una comprensión más profunda de la misma historia de Occidente, profundamente marcada por el problema del mal y por el lenguaje demonológico que lo ha representado e interpretado.

J. A. Gil-Tamayo

Vicente CÁRCEL ORTÍ (coord.), *Historia de las Diócesis Españolas. 6: Iglesias de Valencia, Segorbe-Castellón y Orihuela-Alicante*, BAC, Madrid 2006, 800 pp.

Bajo la coordinación de Vicente Cárcel Ortí acaba de aparecer el sexto volumen de la *Historia de las Diócesis Españolas* que está publicando la BAC, y que corresponde a las tres diócesis de la actual Comunidad Valenciana, por cierto, sobre las que el mencionado coordinador ya tenía una obra similar publicada en 2002 por la Generalitat Valenciana. En este caso, sin embargo, Cárcel se ha reservado su propia diócesis mientras que el trabajo de trazar la historia de las otras dos se ha encomendado a diversos especialistas en el campo de la archivística y la historia.

Poco o nada habría que decir del texto correspondiente a la archidiócesis valentina, que ocupa, incluidos los apéndices, 474 páginas. Es un texto claro, amplio y rico, fruto de la labor de investigación y síntesis de un avezado especialista en la materia como es Cárcel Ortí. No se puede decir lo mismo, sin embargo, de los capítulos correspondientes a las otras dos diócesis.

La segunda parte del volumen está dedicada a la historia de la actual diócesis de Segorbe-Castellón, una historia ciertamente curiosa ya que permite observar el desarrollo de la primitiva y pequeña diócesis de Segorbe, unida primero a la de Albarracín y luego separada, y ya a mediados del siglo pasado enriquecida con todo el territorio de la Plana de Castellón segregado, a su vez, de la diócesis de Tortosa. Los autores de esta segunda parte, que ocupa 150 páginas con los apéndices, son el archivero diocesano Pedro Saborit Badenes y los historiadores Magín Arroyas Serrano y David Montolío Torán. En conjunto creo que se puede hablar más de una síntesis histórica que de una historia propiamente tal, debido con toda seguridad al espacio tasado del que han dispuesto.

Por lo que se refiere, finalmente, a la diócesis de Orihuela-Alicante, los autores del texto son Juan B. Vilar y Mónica Moreno Seco, profesores respectivamente en las Universidades de Murcia y Alicante. El primero de ellos realiza una síntesis de la historia de la diócesis desde su dificultosa y tardía fundación en 1564 hasta el fin de la edad moderna en un capítulo de sesenta páginas. Sin lugar a dudas, Vilar conoce sobradamente la materia y lo demuestra en sus páginas. Por su parte, la edad contemporánea la traza Moreno Seco en otro capítulo de extensión similar. Finalmente, ambos firman el apartado de apéndices, con lo que suman un total de 150 páginas, idéntico al caso anterior, y que nos permite hacer la misma observación, aunque en este caso los siglos a historiar sean menos. En general, el lector interesado advertirá con toda probabilidad dentro de sí un deseo insatisfecho de mayor profundización en los temas, pero el espacio adjudicado quizás no haya permitido otra cosa que una somera delimitación de las principales tramas que sostienen el devenir histórico de una realidad tan rica como es la vida diocesana.

Para concluir, permítaseme una llamada de atención a Moreno Seco. La historia debe

ser lo más objetiva posible y para ello es bueno dejar al margen las propias preferencias puesto que, en otro caso, tarde o temprano, acaban manifestándose, bien de forma inconsciente como por ejemplo en el uso de adjetivos, o bien de modo plenamente consciente, al adjudicar un desmedido protagonismo a determinados movimientos, magnificado sin duda por la ausencia casi total de referencias a la actividad de otros contemporáneos. En el fondo, lo que aparece en las páginas finales del capítulo décimo se acerca más a un análisis sociológico de la reciente realidad eclesial de la diócesis, que propiamente a lo que se entiende por historia de la Iglesia.

F. Labarga

Vicente CÁRCEL ORTÍ, *Diccionario de sacerdotes diocesanos españoles del siglo XX*, Biblioteca de Autores Cristianos, BAC maior 81, Madrid 2006, 1294 pp.

Como señala J.L. Ortega en la introducción a la obra que reseñamos, es hora ya de «romper una lanza a favor de la recordación de muchos curas diocesanos que han dejado huella profunda y cuyo recuerdo sigue siendo benéfico y estimulante en las personas, en los grupos o en los pueblos a los que sirvieron» (p. 13). El clero secular español de nuestros días también lo necesita, y quizás más que nadie, pues al repasar estas figuras, entre las que se dibuja magníficamente la diversidad asombrosa del ministerio presbiteral, podrá afianzar cada vez más sobre un orgullo sano su propia identidad.

Cárcel Ortí, cuya presentación no es necesaria pues se trata, hoy por hoy, de una de las principales figuras del panorama historiográfico español, vuelve a sorprender con otra nueva publicación, en este caso, correspondiente al género *diccionario*, tan en boga en la actualidad y, por otra parte, tan útil para dar pie a nuevas investigaciones particulares. Son 3003 las biografías, más o menos extensas, que incluye

el autor en este *Diccionario de sacerdotes diocesanos españoles del siglo XX*. Todos ellos han destacado por algún motivo: por su dedicación a tareas de gobierno diocesano, intelectuales, académicas, artísticas, sociales o pastorales; y, un buen puñado de ellos, por haber alcanzado el martirio durante la persecución religiosa desatada en España durante la II República, algunos de los cuales ya han sido beatificados, al igual que Manuel Domingo y Sol, Juan Nepomuceno Zegrí y Pedro Tarrés. A todos ellos hay que añadir, finalmente, los tres que han alcanzado la canonización: san Josémaría Escrivá, san Pedro Poveda y san José Manyanet.

Qué duda cabe que una obra de estas características, como ya advierte el autor en su presentación, adolece de una serie de lagunas, probablemente ineludibles en el caso de una recolección de biografías efectuada por una sola persona. Lógicamente, incluye más de lo que mejor conoce, el presbiterio valenciano, y depende en los otros casos de la información suministrada por colaboradores y de los datos extraídos de los boletines oficiales y otras fuentes consultadas. Esto hace que puedan encontrarse errores en los datos y ausencias notorias para aquellos que conocen bien la historia de su diócesis, lo cual, sin embargo, no empaña la grandeza del conjunto. A partir de ahora, este *Diccionario* será de obligada consulta para cuantos pretendan adentrarse en el estudio del clero español durante el pasado siglo. Seguro que será también estímulo y punto de partida para una serie de estudios biográficos sobre algunos de los presbíteros que aparecen sintéticamente recogidos y que, por los datos que Cárcel Ortí suministra, en seguida se adivina que merecen una monografía. Sería de desear, por otra parte, que las diócesis españolas se pusieran manos a la obra para confeccionar el correspondiente elenco de sacerdotes dignos de mención, recuerdo y aún estudio, ahora que todavía existen múltiples testigos para los del siglo XX. Si, además, esa tarea se extendiera a las cen-